

# Incidencias sociales de la crisis sanitaria: adolescencia y pandemia

Intervención en el II Ciclo de Conversaciones  
«Pandemia: Certezas e Incertidumbres» de la  
Iniciativa Franco-Chilena de Altos Estudios,  
Mesa 1 - Edades y salud mental en pandemia,  
17.06.2022.

**David Le Breton**



Iniciativa  
Franco-Chilena  
de Altos Estudios  
UNIVERSIDAD DE CHILE

# Incidencias sociales de la crisis sanitaria: adolescencia y pandemia\*

David Le Breton

## Resumen.

En el contexto de la crisis sanitaria, la epidemiología se impone sobre la sociología o la política sin anularlas completamente, pero subordinándolas a sus principios. La presencia activa del COVID-19 marca un tiempo de ruptura de las relaciones familiares, de anomia. El confinamiento ha sido un revelador químico de la calidad de la relación de los adolescentes con sus padres. Ciertos adolescentes han florecido al experimentar una disponibilidad inesperada de estos; otros han sufrido por verse acantonados en una difícil proximidad con ellos. Ciertos adolescentes no respetaron el confinamiento y continuaron viéndose en grupo sin constreñirse a las precauciones sanitarias. Se realizaron *lockdown parties* clandestinas y después del desconfinamiento siguieron las fiestas con la misma despreocupación por las medidas de prevención. Para las jóvenes generaciones, inclinadas hacia lo inmediato, renunciar a los placeres elementales en aras de un beneficio hipotético no es necesariamente viable a ese precio. Informado del peligro, el joven persiste en su conducta, a causa del placer que le procura y del arraigo en su identidad, movido por el rechazo a que le dicten lo que debe hacer o porque considera que los otros no son él y en lo que a él respecta, no le teme a nada.

## David Le Breton

Profesor de sociología y antropología y miembro de Dinámicas Europeas ([DynamE](#)) en la Universidad de Estrasburgo y del Instituto Universitario de Francia ([IUF](#)). Forma parte también del laboratorio URA-CNRS “Culturas y sociedades en Europa”. Sus investigaciones están dirigidas a las representaciones del cuerpo humano y al análisis de los comportamientos de riesgo. Además, ha trabajado y escrito sobre el dolor, el silencio y el rostro. Ha escrito una treintena de libros, entre los cuales el influyente *Antropología del cuerpo y modernidad*, cuya primera edición apareció en Presses Universitaires de France (1990). Sus libros han sido objeto de más de 80 traducciones en una docena de lenguas. También codirigió el *Dictionnaire de l'adolescence et de la jeunesse* en Presses Universitaires de France. En Chile ha publicado *Cuerpo sensible* (Metales Pesados, 2005), *La edad solitaria: Adolescencia y sufrimiento* (LOM, 2012) y *Antropología del dolor* (Metales Pesados, 2020). Recibió un Doctor Honoris Causa de la Escuela Nacional de Estudios Políticos y Administrativos en Bucarest (Rumania) en 2019 y del Centro de Estudios Latinoamericanos sobre la enseñanza inclusiva (CELEI) en 2020.

\* Intervención en el II Ciclo de Conversaciones «Pandemia: Certezas e Incertidumbres» de la Iniciativa Franco-Chilena de Altos Estudios, Mesa 1 - Edades y salud mental en pandemia, 17.06.2022.

La crisis sanitaria hace del cuerpo el lugar de la vulnerabilidad, uno donde la enfermedad y la muerte acechan para sacar ventaja de la mínima ocasión. El aislamiento y las medidas de prevención (distancia física, mascarilla) le confieren un estatus de peligrosidad. El cuerpo encarna una amenaza; incluso el cuerpo de las personas más cercanas, susceptibles de ser portadoras asintomáticas del virus. El cuerpo contamina, además, los objetos con los que entra en contacto. Esto impone una relación puritana con el cuerpo por la necesidad de controlar las relaciones, los contactos, a través de medidas de prevención que en francés son llamados “gestos barrera”<sup>1</sup>. El cuerpo es transformado, así, en una ciudadela sitiada: hay que vigilar sus fronteras, sellarlas, bloquearlas. La “fobia del contacto”, señalada otrora por Elias Canetti, o lo que he llamado el borramiento ritualizado del cuerpo en nuestras sociedades, se radicaliza aún más. Los apretones de mano, los abrazos, los besos, son desaconsejados y cualquier contacto con objetos exige usar alcohol gel para purificarse de los posibles gérmenes nocivos. La única defensa posible contra el COVID-19 es la de impedirle el paso gracias a medidas draconianas de protección. Incluso el rostro es una zona de vulnerabilidad por la respiración y los incontables contactos que cada uno realiza en su superficie en el transcurso del día.

Nuestros intercambios cotidianos se ven afectados por la necesaria utilización de la mascarilla que vuelve los rostros anónimos y deforma el lazo social. Detrás de las mascarillas perdemos nuestra singularidad, pero también el agrado de mirar a los demás a nuestro alrededor. En nuestras sociedades contemporáneas, en efecto, el rostro es el lugar del reconocimiento mutuo. A través de su desnudez somos reconocidos, nombrados, juzgados, asignados a un sexo, a una edad, un color de piel, somos amados, despreciados o, anónimos, nos sumergimos en la indiferencia de la muchedumbre. Adentrarse en el conocimiento del otro implica darle a ver un rostro alimentado de sentido y valor, y evocar, con el rostro propio, un lugar equivalente de significación e interés. La reciprocidad de los intercambios al interior del lazo social implica la identificación y el reconocimiento mutuo.

Esta banalización de la mascarilla que genera un anonimato generalizado marca una ruptura antropológica. La mascarilla solo deja aparecer la frente y los ojos, desfigura al individuo, pues el rostro es una Gestalt, una totalidad: si faltan la nariz, los labios, las mejillas, solo queda un fantasma. La persona ya no es reconocible, por lo que es difícil detectar en sus rasgos la resonancia del intercambio. Las mímicas que necesitan de la totalidad del rostro traducen el eco de nuestras palabras; son reguladoras del intercambio, autorizan un ajuste mutuo. La frente y los ojos no disponen de ese margen de maniobra. Incluso la sonrisa deja de ser perceptible. Los actores de la interacción buscan ahora en las posturas y los gestos, incluso en la voz, indicios sobre el compromiso del otro, pero esta polisemia incrementada conlleva mayor riesgo de malentendido.

<sup>1</sup> En francés las medidas de prevención para evitar el contagio (distancia física, mascarilla, lavado de manos, etc.) son llamados “gestes barrières”, que literalmente se traduce como “gestos barrera”.

Más que nunca el cuerpo establece una frontera. Y esto nos coloca en una situación sin salida: se trata de obligaciones terribles que reducen el gusto de vivir, pero que son las únicas defensas contra el contagio y, por ende, la propagación de la pandemia. Tal es el precio a pagar para un retorno próximo a las situaciones normales. Frente a la virulencia de la enfermedad cuando esta golpea, a la de sus síntomas, las medidas de contención de los cuerpos se convierten en un mal menor. Estas medidas de prevención se han vuelto, por lo demás, planetarias; en ese sentido no están dirigidas a una población en lugar de otra, toda la humanidad se ha visto afectada y se empeña en resistir a una fuerza destructora anónima.

El riesgo de contagio hace proliferar la higiene. La bacteriología se impone sobre la sociología o la política, sin anularlas completamente, pero subordinándolas a su principio. El confinamiento, las medidas de prevención o la mascarilla están dirigidas a una purificación del vínculo social a través del quiebre de los canales de contagio. De esta manera crean una escisión entre dos mundos repulsivos uno al otro: el puro se establece bajo la égida de lo limpio y lo propio: lo que no ha sido ensuciado, sobre todo por el COVID, por un lado, pero también, por el otro, aquello que pertenece a cada uno y que no ha sido contaminado por la alteridad. Lo impuro es el reino de las amenazas de las que hay que cuidarse. Todas las medidas de prevención están dirigidas a engañar al virus, a ritualizar el desorden que este crea dentro del lazo social. La palabra “contagio” proviene, por lo demás, del latín *contagio*, del verbo *tangere*: tocar. De un tiempo acá, incluso respecto de las personas más cercanas, se han impuesto en la vida social rituales extremos de evitación. Ya no sabemos cómo actuar en la relación con los demás. El lazo social ha entrado en una zona de turbulencia, una interminable fase de punto intermedio sin manual de instrucciones. Período que hay que domesticar para conseguir establecer nuevas ritualidades en la vida convencional o en la interacción con los otros, puesto que los gestos de saludo y despedida han sido aniquilados por los imperativos higiénicos. Los antiguos códigos han dejado de funcionar y todavía estamos en la incertidumbre respecto de los que vendrán. La economía ha sido desbaratada y le tomará su tiempo recuperar su antiguo estiaje. A las amenazas sobre la salud les suceden las amenazas sobre los empleos, lo que afectará directamente, sin duda, a las jóvenes generaciones, pero también al paisaje de tiendas y emprendimientos del vecindario en el que vivimos. De manera general, los mundos contemporáneos avanzan a ciegas, resueltamente, hacia un futuro que escapa de cualquier previsión, pero cuyos peligros ya podemos medir en términos de contragolpe de las tecnologías sobre la calidad de vida, la desregulación del clima, la contaminación, etcétera.

La mitad del planeta ha experimentado el confinamiento. Gobiernos que menospreciaban el COVID-19 y que frenaron las medidas de prevención hundieron a su país en la tragedia, como Trump o Bolsonaro en Brasil. La crisis sanitaria pone de relieve la estrecha interdependencia de nuestras sociedades, la imposibilidad de cerrar las fronteras. Incluso las fronteras biológicas entre los componentes de los innumerables mundos vivos, entre el animal y el humano, o con el medio ambiente en su conjunto. Todo está conectado. Estamos inmersos en la materia viva del mundo sin fronteras que delimiten realmente la humanidad de los reinos animal y vegetal, por ejemplo. El cosmos está en nosotros como nosotros estamos en el cosmos. El surgimiento del coronavirus es una nueva vuelta de tuerca en la imbricación de los mundos en un mismo

mundo cada vez más estrecha y cuya arquitectura se fragiliza cada vez más. Una paradoja, por lo demás, es que al reducir la circulación vehicular y aérea, al detener las innumerables actividades contaminantes, el virus le procuró una especie de respiro ecológico al planeta, en especial al reino animal. La disminución del tráfico vehicular salvó a millones de personas anónimas que habrían sido víctimas de accidentes mortales o de las consecuencias de la contaminación. Tal es la paradoja increíble de nuestras sociedades posmodernas. La crisis sanitaria es un ejemplo de coincidencia entre opuestos. Lo peor nos empuja a la lucidez sobre el mundo a venir, nos otorga una enseñanza imparables. Es una prueba trágica que exige soluciones para alcanzar un mundo más solidario y feliz. Después de años de total indiferencia hacia las reivindicaciones sociales de los más desheredados, numerosos gobiernos, más bien de derecha, tuvieron que desarrollar una política de apoyo a las poblaciones más frágiles, a las empresas, incluso si aún falta enormemente por hacer, por supuesto. Esta pandemia nos recuerda la necesidad antropológica de la repartición, de la reducción de las desigualdades sociales y de las políticas de protección del planeta. Somos interdependientes para lo mejor y lo peor.

Algunos han vivido este período de crisis sanitaria como un tiempo de encarcelamiento, de ahogo, de espera febril de la reapertura sin restricciones del espacio público. Y también un período de tensión en la pareja, de conflicto con los niños, de explosión de las violencias conyugales. Numerosos niños alrededor del mundo han quedado a merced de maltratos o abusos sexuales sin poder salir de sus casas. El hogar no siempre es un remanso de paz en la tormenta. A veces suscita una asfixia mutua, una multiplicidad de conflictos sin un tercero que pueda introducir cierta distancia y sentido, como con evidencia lo hace la vida cotidiana en los tiempos normales.

Revelador químico que acelera las fisuras relacionales, la pandemia acentúa las tensiones sin posibilidad de alejarse para reafirmarse, sin escapatoria para dejar de rumiar el abatimiento o un conflicto con los padres. Resulta complicado sublimar esta adversidad en un contexto en que es necesario soportarse (en los dos sentidos del término) mutuamente. Vivir todo el día unos encima de los otros es también una fuente de tensión, agravada por la eventual carencia de espacio en el departamento. Ya no se trata de la alegría de reencontrarse después del trabajo o de unas vacaciones. En este contexto de crisis sanitaria la vida común es una imposición, no una elección. Además, es difícil salir a respirar debido a las restricciones de desplazamiento. Lejos de la amplitud del mundo, el aburrimiento acecha, especialmente entre las jóvenes generaciones; muchos no saben qué hacer, se entrampan en sus problemáticas, se preocupan por las personas cercanas y se interrogan con ansiedad sobre las semanas a venir y por el mundo de después de la pandemia. Lo que hace al hogar un espacio vivible es ese ir y venir de sus miembros entre el interior y el exterior, que autoriza a cada uno a disponer de lugares y momentos para reencontrarse sin estar siempre a proximidad unos de los otros.

Esta asignación a residencia es difícil para los niños, curiosos de todo, deseosos de correr, de jugar, de apropiarse de los espacios. Enseñarle a un niño a mantenerse siempre a distancia de los demás, a no tocar a los otros, a lavarse varias veces las manos en el día, le inculcará la suspicacia hacia el otro. La confianza en el mundo queda dañada. Se trata de niños que integran

de manera precoz una visión puritana de su cuerpo. Las dificultades tampoco son menores para los adolescentes, prisioneros repentinamente de la mirada de sus padres, siempre al alcance de su voz, en la imposibilidad de librarse de su control, salvo los escasos momentos en que pueden salir de su encierro. Algunos, librados a sí mismos frente a la indiferencia de los padres o de su impotencia a intervenir, se han entregado en cuerpo y alma a los videojuegos. Para ellos el confinamiento es un paraíso. Un tiempo para desaparecer de sí mismos en la pasión del instante, pero también en la negación de las circunstancias y de la interioridad. Otros se han sumergido en intercambios interminables en las redes sociales. Esta inmersión es una manera de escapar a esta especie de devoración surgida de las circunstancias, una vía de salvación hacia los amigos, a distancia, para recordar que otra vida existió en otra parte, lejos de la atención llena de amor, sin duda, pero insoportable de los padres. Por supuesto, hay padres (y también adolescentes) que encuentran satisfacción en este abandonarse en el amor al prójimo, intolerable para otros en tal escala de intensidad.

Al aislar e intensificar la llama de la angustia, la crisis sanitaria y los miedos al contagio han acentuado muchos sufrimientos, han creado otros, han alimentado fantasmas. La crisis sanitaria le ha dado corporeidad al miedo que algunos albergan en sí mismos. El hecho de ver amigos afuera y de compartir con ellos actividades, el hecho de ir al colegio y de asistir a las clases, son momentos de respiración, muchas veces lejos de las tensiones familiares. Pero nuestros jóvenes han estado privados de esas escapatorias fuera del círculo familiar. El confinamiento vino a parasitar las adecuaciones anteriores, el proceso de autonomización que el joven desarrollaba. La búsqueda de sentido tenía otras orientaciones. En esa etapa de la vida, los días están ritmados, sobre todo, por las clases, las actividades culturales o deportivas, las salidas con los amigos. Y de pronto hay que construirse de manera solitaria un mundo para sí a proximidad de los padres en un momento en que uno se esfuerza, al contrario, en volar con sus propias alas distanciándose de su presencia. Los amigos, en especial, encarnan un respiro que ayuda a escapar del sentimiento de ahogamiento vivido a veces con los padres. El confinamiento ha entrabado de forma radical los momentos de separación necesarios en este período de la existencia en que la sed de independencia se confronta con el apego. Jerarquizar el sufrimiento tiene algo obscuro, todas las generaciones se vieron afectadas. Los jóvenes padecieron la pandemia y continuarán padeciéndola a causa de sus consecuencias económicas y sociales, puesto que suelen ocupar empleos precarios, además de haber sido altamente afectados por los despidos y las restricciones en los empleos. A muchos les cuesta proyectarse en el tiempo para iniciar o proseguir sus estudios; se cuestionan con angustia sobre las amenazas económicas, sociales, políticas, ecológicas que afectan al planeta. ¿Dónde estarán en diez o veinte años si el mundo no interrumpe su carrera loca?

Sobre todo para las jóvenes generaciones, inclinadas más bien a lo inmediato, renunciar a los placeres elementales en vista de un beneficio hipotético es un precio que no necesariamente están dispuestos a pagar. Y aquí abordaré la cuestión de las transgresiones adolescentes. En la existencia real, la afectividad viene siempre antes y subordina a una racionalidad modulada, reformulada según las circunstancias. Solo el presente es real. Lo inmediato, la única duración posible. A veces el matiz de “lo sé, pero no me importa” corta de forma tajante cualquier

otro argumento. Avisado del peligro, el joven persiste en su conducta a causa del placer que encuentra en ella y del arraigo en su identidad; también por su rechazo a que le dicten sus hechos y gestos, o porque considera que los demás no son él y, en lo que a él le concierne, no le teme a nada: “Solo le pasa a los demás”. Este sentimiento de sentirse como héroe es un rasgo común de la adolescencia. En la vida cotidiana, el conocimiento de los riesgos puede ser una incitación a lo peor, por ese gusto de la transgresión; goce intensificado por el hecho de jugarse la vida, de burlarse de los consejos y del miedo de los demás (Le Breton, 2011, 2012)<sup>2</sup>. Ninguna irracionalidad antecede a estos comportamientos, sino lógicas de acción coherentes con la historia de vida de un joven, incluso si esta racionalidad y sus lógicas son tramadas en la ambivalencia. La represión colectiva de la muerte y de la precariedad, la ilusión de omnipotencia ante la enfermedad, refuerzan el valor del riesgo en cuanto este es elegido con conocimiento de causa como un espacio de soberanía.

A pesar de las recomendaciones para frenar un posible rebrote de contagio por coronavirus, se organizan fiestas sin resguardos sanitarios, sin mascarillas, sin respeto de las medidas de prevención; los cuerpos se acercan y se mezclan. Por supuesto, la existencia no se reduce a la búsqueda de beneficios o a la salud: a muchos de nosotros nos gusta disfrutar de las circunstancias sin tomar en cuenta el precio a pagar, y a veces sin preocuparnos tampoco por quienes nos rodean. La libertad de “aprovechar la vida”, como algunos lo afirman, es en paralelo una libertad de elegir propagar el virus. El “no corremos ningún riesgo” proferido por cierta cantidad de jóvenes adultos o de adolescentes es una frase terrible, una forma de decir “al diablo con los demás”. Estadísticamente ellos arriesgan menos que sus mayores, pero con frecuencia son portadores asintomáticos del virus, que difunden entre sus parientes y amigos cercanos, o personas anónimas en sus recorridos por la ciudad o sus edificios. Estos gestos festivos, demostrativos de contacto físico, sin mascarillas, esas danzas sin respeto de las medidas de protección, traducen una manera de situarse más allá de las exigencias colectivas. Y suscitan, por lo tanto, preguntas éticas mayores. La fiesta es un tiempo opuesto al de la vida corriente, su lógica no es la de la cotidianidad; es un tiempo de excepción y, en ese sentido, por lo demás, no puede durar, impone un regreso a la norma. Pero, por un momento vivimos por encima de nuestros posibilidades, nos entregamos al vértigo sin medir nuestro comportamiento. Escapadas fuera de la rutina que tanto pesa en la vida personal y profesional. Se trata de momentos de distensión, una revancha de los cuerpos sobre su discreción habitual. Danzamos, bebemos, nos drogamos, experimentamos encuentros amorosos, etc. Los límites de lo lícito son empujados como si el ambiente común se convirtiera de pronto en el de un enorme vestuario en el que la palabra y los gestos se liberan si temor a repercusiones ulteriores. Momento paradójico de respiración en que las imposiciones son suspendidas, en que innumerables posibles están al alcance de la mano, sin sufrir de la reprobación colectiva, puesto que estamos en otro sí-mismo, sin sufrir, además, de vulneración al sentido de uno mismo.

<sup>2</sup> Más específicamente sobre las conductas a riesgo de las jóvenes generaciones remito a mi libro *La edad solitaria: Adolescencia y sufrimiento* (2012).

La fiesta es, por lo tanto, en este contexto de crisis sanitaria, un paréntesis encantado. Todo lo que es reprimido en la vida corriente, y en especial a causa del hecho de la pandemia, resurge con fuerza; he evocado el alcohol, la droga, pero sobre todo el goce intensificado de un contacto físico prohibido en la danza, los abrazos, los encuentros amorosos, etc. Búsqueda desmedida de actividad física tras un largo período de quietud; una forma de perderse tras haberse cuidado durante mucho tiempo; deseo de vértigo tras la necesidad de un control que aún se prolonga; erotización de la relación con el mundo tras un período que he traducido como una forma de puritanismo necesario, a pesar de que esas aglomeraciones festivas sin preocuparse por la prevención se vuelvan a veces *clusters* de contagio, en potencia al menos. Paradójicamente, por lo demás, cuando son entrevistados, estos fiesteros no se oponen a las medidas sanitarias, dicen que las respetan, pero reclaman, de manera muy ambigua, el derecho de suspenderlas de vez en cuando. Ambivalentes, saben, pero en el momento de la fiesta ya no quieren saber.

El conocimiento del riesgo es a veces una incitación a confrontarlo por el gusto de la transgresión; deleite aumentado por el hecho de poner en juego la propia existencia, de burlarse de los consejos y del espanto de los demás. Apartado de la esfera colectiva en cuanto amenaza, el fiestero está investido de la atracción que esconde cualquier prohibición; ello lo lleva a desear la transgresión. A pesar de tener una conciencia relativa del peligro que corre o que hace correr a los demás, no le hace caso al civismo solicitado por las autoridades sanitarias. La muerte deja de compartirse, deja de estar en el centro del vínculo social como una evidencia común, pero vuelve en cuanto poder de invitación simbólica. Aquellos que juegan con su existencia al exponerse a contactos eventualmente nocivos vuelven a situarla en el corazón del intercambio, aunque lo hagan a título personal; la erigen otra vez como acompañante. Por supuesto, sin preocupación por su responsabilidad hacia los demás. Es posible observar, por otra parte, que la mayoría de estos fiesteros no tiene hijos y que no deben rendirle cuentas a nadie.

El juego con las prohibiciones, especialmente en el caso de estas fiestas clandestinas, alimenta una fabricación de sagrado íntima. Implica una forma de salir de sí mismo y de lo convencional; el acceso a otra dimensión de la existencia. La voluntad no es la de establecerse en la transgresión y suprimir los límites, sino de interrogarlos, de jugar con ellos y de sentir, así, la existencia resonar al interior como una prueba irrefutable de la propia presencia en el mundo. La transgresión es siempre una fuente de poder; expone, por supuesto, al peligro, pero al situar al individuo fuera de las leyes comunes le procura poder e intensidad de ser. Es un pacto con la amenaza para sentirse existir en plenitud. De manera impactante encontramos ese vértigo de la transgresión ya en los primeros relatos sobre las epidemias de peste que asolaron ciudades enteras de formas que hoy nos resultan impensables, con cadáveres en putrefacción desparramados por las calles. La fiesta, el erotismo, la risa, la pasión del instante sin querer pensar en el después fueron descritos hace ya dos mil quinientos años por Tucídides en Atenas, en una de las primeras epidemias de peste. Otros autores de la Edad Media, como Boccaccio en el Decamerón, también dejaron el testimonio de esos períodos de libertinaje, de erotismo,

en que se dejaba arrastrar la población. Encontramos las mismas observaciones en Maquiavelo en su último texto escrito antes de morir y en otro sobre la peste en el Londres del siglo XVI de Daniel Defoe, el autor de *Robinson Crusoe*, donde describe incontables escenas de celebración colectiva, de fiesta, de erotización. Camus, por otro lado, habla también de eso; en *La peste* hay escenas célebres en las que hombres y mujeres se encuentran para vivir momentos de transgresión prohibidos por las autoridades. Así, ahí donde la muerte aleatoria reina también ronda la muerte. Cierto, la peste y el cólera no son el COVID-19, pero el contexto de amenaza y de prohibición que ha provocado alimenta, a pesar de todo, la transgresión y el acercamiento de los cuerpos, el menosprecio hacia las autoridades sanitarias.

## *¿Qué podemos aprender a través de esta crisis sanitaria?*

La crisis sanitaria nos lleva a plantearnos muchas preguntas; nos fuerza a convertirnos en antropólogos de uno mismo: ¿qué es aquello de lo que más carecemos?, ¿qué es lo que finalmente vuelve valiosas nuestras vidas?, ¿el valor de la conversación o de la marcha, del contacto con los demás...? La crisis sanitaria quebró cierta despreocupación por el paso de los días al recordarnos con brutalidad la precariedad de la existencia. Cierta banalidad envolvía muchos de nuestros comportamientos; hoy recuperan su dimensión de sacralidad: tomar un café en una terraza, ir a un restaurante, juntarse con amigos, ir al teatro o al cine, o incluso, sencillamente, el hecho de poder salir de nuestras casas cuando se nos antoja, de volver a la hora que queremos, sin rendirle cuentas a nadie. El hecho de poder desplazarse era tan evidente que ya no era percibido como un privilegio. La crisis sanitaria es, en este sentido, un *memento mori*, el recordatorio a escala planetaria de nuestra inconclusión y de una fragilidad que siempre tendemos a olvidar. Restablece una escala de valor ocultada por nuestras rutinas. Solo tiene valor aquello que puede sernos arrebatado. El confinamiento recuerda de forma brutal en la nostalgia el valor de las cosas sin valor, esas actividades anodinas de la vida cotidiana efectuadas como si nada por su obiedad pero cuya súbita privación marca su valor infinito. El *memento mori* es evidentemente un “nunca olvides que estás vivo, aprovecha cada instante”.

# Referencias bibliográficas

**Le Breton, David**

**(2011). Conductas de riesgo:**

De los juegos de la muerte a lo juego de vivir.

Buenos Aires: Topia, 2011.

**(2012). La edad solitaria:**

Adolescencia y sufrimiento.

Santiago de Chili: LOM, Cátedra Michel Foucault.

**(2017). La sociología del riesgo.**

Buenos Aires: Prometeo.